

cuanto que en él no hay sentido alguno y que Dios no se revela en el mundo. Quizás la teoría pictórica del significado –que es la destilación de la concepción representacionista moderna del conocimiento– no puede defenderse (porque ninguna figura determina de suyo de qué es figura). Pero, entonces, la crítica de su último pensamiento al representacionismo, la sustitución de la voluntad trascendental como responsable de la inefable operación de conferir sentido y el consiguiente recambio de una benevolente mirada por la consideración de en qué condiciones decimos que una acción es voluntaria, supongan un paso adelante, y no un desfallecimiento.

Como los anteriores trabajos de Reguera, *El feliz absurdo de la ética* levanta los más imperiosos interrogantes sobre la *existencia* humana. Sólo por ello mercería la pena estudiarlo detenidamente. Resulta además imprescindible para todo interesado en el pensamiento wittgensteniano.

Jorge V. Arregui

Scheier, Claus Artur: *Wittgenstein Kristal. Ein Satzkomentar zur "logisch-philosophischen Abhandlung"*, Karl Alber, Freiburg, 1991, 271 págs.

¿El lenguaje ideal del *Tractatus* fue para Wittgenstein como un cristal incoloro capaz de darnos una "*correcta visión del mundo*" y de "*dejar todo como está*" o más bien se trata de un ideal regulativo del resto de los lenguajes que quedan así en una situación de permanente sospecha y de subsiguiente ruptura cultural, en dependencia en este último caso de una concreta tradición filosófica?

Claus Artur Scheier trata de mostrar la presencia de estas dos visiones contrapuestas de Wittgenstein a través de un comentario de los párrafos más significantes del *Tractatus*, así como de su propia estructura programática interna. Por un lado hace ver la influencia del simbolismo psicoanalítico y arquitectónico a través de algunos teóricos de la cultura como Freud, Kierkegaard, Schopenhauer o Nietzsche, así como a través de algunos artistas considerados en su época "malditos" como fueron Cezanne, Klint, Duchamp, Picasso o Mondrian; lo que a su vez permite explicar la actitud abiertamente heterodoxa de Wittgenstein frente a los propios analíticos al abordar temas éticos, antropológicos o estéticos en principio considerados prohibidos. Pero a la vez también se pone de manifiesto como Wittgenstein estuvo del lado de Frege y Husserl al rechazar el *psicologismo* y el método *auto-poético* seguido entre otros por Nietzsche, sin hacer depender el valor de verdad de una proposición de su respectivo proceso de conocimiento. Es más, si hizo un uso heterodoxo del método analítico fue por

pensar que no daba lugar a un *sin sentido* (*sinloss*) lógico insalvable que no tiene capacidad de distinguir lo verdadero de lo falso, sino a simples absurdos o *sin sentidos* (*unsin*) empíricos o lingüísticos que pueden ser en sí mismos inverificables o incluso inexpressables, como de hecho ocurre con la *forma lógica de la figuración*, pero que de todos modos pueden ser objeto de una reflexión capaz de legitimarlos por ser una condición de posibilidad del propio uso intersubjetivo del lenguaje. Scheier piensa salvar así la estructura programática del *Tractatus* de sus paradojas internas, aunque ello sea a costa de abrir nuevos interrogantes aún más radicales que ahora se sugieren al hilo de estos comentarios.

Carlos Ortiz de Landázuri

Schulte, Joachim: *Experience and expression. Wittgenstein's Philosophy of Psychology*, Clarendon Press, Oxford, 1993, 179 págs.

El trabajo de Schulte es, sin duda, una de las mejores y más profundas monografías escritas hasta la fecha sobre la filosofía wittgensteniana de lo mental, presentando además el interés de dar cuenta de los manuscritos inéditos wittgenstenianos redactados entre 1946 y 1949. Comienza por subrayar certeramente el modo en que Wittgenstein emplea la noción de "juego de lenguaje" para resolver el problema de la *justificación* de nuestras afirmaciones sobre nuestro modo de usar nuestros conceptos, especialmente a la hora de mostrar que todos los intentos de justificar las afirmaciones conceptuales sobre fenómenos psicológicos por medio de evidencias psicológicas o introspectivas están destinados al fracaso: nuestro modo de hablar, también la forma en que hablamos de nosotros mismos y de los demás, no se justifica desde ningún tipo de conceptos generales, sino desde la intersección entre nuestro lenguaje y nuestra conducta.

Tras interpretar bajo esta perspectiva la asimetría entre la primera y la tercera persona, aborda los intentos wittgenstenianos de establecer una clasificación o un árbol genealógico de los fenómenos y conceptos psicológicos poniendo de relieve la diferencia entre la anotación del 2.4.47 sobre el árbol genealógico de los *fenómenos* psicológicos y la del 14.12.47 sobre el plan general de clasificación de los *conceptos* psicológicos. Mientras la primera parece sugerir que todos los conceptos psicológicos responden a experiencias caracterizadas por la asimetría, en la segunda se clasifican conceptos o verbos –no experiencias–, aunque se indique de nuevo que su característica general es la asimetría. En su cuarto capítulo, Schulte analiza el concepto "expresión" sacando a la luz la conexión entre el sentido en que se usa en "expresión de dolor" y la acepción en que se emplea en música, a la vez que escl-